

Carlos Dorvier

EL AMADO ESCONDIDO

MEDITACIÓN SOBRE LA OBRA DE
SAN JUAN DE LA CRUZ



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

— ANAQUEL DE PENSAMIENTO, n^o12 —

MADRID • MMXVII

De la obra © CARLOS DORVIER

De la edición © Editorial Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com
Directora de la colección: Alicia Arés

Diseño de la colección © Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor y el autor.

Primera edición: Diciembre 2017

I.S.B.N: 978-84-947595-2-9
Depósito legal: M-35412-2017
Impreso en España



www.cuadernosdelaberinto.com

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	pág	7
SAN JUAN DE LA CRUZ	pág	15
SUBIDA DEL MONTE CARMELO (1ª PARTE)	pág	37
SUBIDA DEL MONTE CARMELO (2ª PARTE)	pág	61
NOCHE OSCURA	pág	87
INTRODUCCIÓN AL CÁNTICO	pág	109
CÁNTICO ESPIRITUAL	pág	123
LLAMA DE AMOR VIVA	pág	181

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

INTRODUCCIÓN

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

San Juan de la Cruz es uno de los autores más estudiados por los especialistas pero menos leídos por el gran público. Su dificultad no está en su lenguaje, pues, a diferencia del de Santa Teresa, que es un lenguaje espontáneo y popular —lo que para nuestra época supone una dificultad—, el de San Juan es culto y cuidado, aunque no hermético y paradójico, como el del Maestro Eckhart y otros muchos místicos. Es un lenguaje claro y preciso, propio de un intelectual que procura hacerse entender. Su dificultad, por tanto, no procede de su forma de expresarse, sino de lo que dice, que, por claro que pretenda ser, resulta lo suficientemente novedoso y desconcertante como para no entenderse. Este tipo de dificultad ha llevado a algunos a pensar que sólo comprendemos aquello que ya conocemos. Tal opinión, en principio, es desalentadora, pero, como creía Sócrates, quizá en lo más profundo de nuestra alma, se oculte un germen de verdad capaz de conectar con esa otra verdad desconocida. En el presente caso, lo que nos ofrece San Juan es el conocimiento de nuestra verdadera naturaleza. Sólo alguien que ha estado tan cerca de Dios, puede llegar a tener la suficiente libertad como para profundizar en las limitaciones y autoengaños del ser humano. Freud también tuvo el mérito de hacerlo y, además, ante un vacío cargado de desesperanza. En su intento de ayudar a los demás sólo podía ofrecerles la “búsqueda de sentido”, una pasión propia de los intelectuales que, algunas veces, es una búsqueda que no llega a ninguna parte y que se satisface en sí misma. En cambio, si San Juan se atreve a profundizar en los límites de la imperfección humana

es porque sabe que, a pesar de todos sus defectos, el hombre tiene la singular capacidad de poder acoger la gracia de Dios hasta el punto de llevarle a ser partícipe de la divinidad. El conjunto de su obra podría definirse como un tratado de la imperfección humana y de la fuerza del amor para superarla y hacer de este “valle de lágrimas” una antesala del cielo.

Para acceder a San Juan hay que reconocer que uno se está enfrentando con un auténtico cirujano del alma humana. Su análisis llega más allá de las imperfecciones propias de la gente de mundo, pues su conocimiento del alma le permite adentrarse en los recovecos de los espirituales. Por ello, se le puede aplicar el dicho popular de que “no deja títere con cabeza”. Ahora bien, siempre de forma constructiva, con esperanza, con una auténtica esperanza sobrenatural. A pesar de su capacidad crítica, coincide con Santa Teresa en su valoración: Dios se encuentra en el interior de toda alma, es el “Amado escondido”.

Para comprender a San Juan, primero hay que familiarizarse con su particular visión y actitud que, si resulta difícil, es por lo alejada que esté de la nuestra. Para ello, conviene leer con detenimiento los comienzos de sus escritos y no intentar avanzar si antes no se han comprendido. Una vez entendido su propósito y la forma que tiene de analizar la naturaleza humana, podremos continuar a través de su obra. Es importante conocer algo de su biografía y de la mentalidad de la época. Esta preparación resulta necesaria en un tiempo en que todos nos encontramos alienados por un ambiente que invade nuestra vida interior y que es lo más opuesto a la libertad de espíritu, necesaria para la introspección y la autocrítica.

Como San Juan escribe para los religiosos contemplativos, el presente libro pretende destacar aquello que, por esencial,

resulte útil al mayor número de personas. En principio, el intento parece difícil, dado el alto nivel de perfección al que aspira la obra de S.J. Sin embargo, si tuviéramos que encontrar alguna conexión existencial entre su doctrina y las inquietudes de cualquier ser humano, ésta sería la pregunta que a veces nos hacemos: ¿para qué sirve la vida? ¿qué podemos hacer en esta vida? En la juventud vemos la vida como un tiempo largo y muy alejado de la muerte, lleno de proyectos, unos obligados y otros a elegir o inventar. En la vejez, la vida es como una revisión del pasado y un abandono de cada vez más cosas. En ese momento, cuando el tiempo del que uno cree disponer es muy corto para los proyectos, se tiene una visión general que así, en su conjunto, lleva a pensar que la vida es un instante de imperfecciones y errores en el que únicamente cabe un “sí” a la misericordia de Dios. Pero seguimos vivos, ¿qué hacer con el tiempo que nos queda? Y vuelven a surgir los proyectos, aunque ahora más espirituales: ¿cómo aprovechar este tiempo que ya se ve como limitado? Porque para todo proyecto hay dificultades e incapacidades. San Luis Gonzaga resolvió el problema como sólo una persona iluminada por la gracia lo puede hacer. Al preguntarle qué haría si en ese momento supiera que en breve iba a morir, respondió que seguir jugando a la pelota, que es lo que estaba haciendo. En esa situación, como en cualquier otra, la única responsabilidad que tiene el ser humano es hacer santamente lo que tenga que hacer. Por tanto, hay que distinguir entre lo que uno tiene que hacer y en cómo hacerlo. Porque lo que uno tiene que hacer nos viene dado por las circunstancias, y en el cómo hacerlo, ya intervenimos nosotros. La santidad consiste en que todo lo que nos ofrezca la vida —sea doloroso o satisfactorio— lo hagamos con amor.

Pero las cosas que nos resultan dolorosas, frustrantes e incluso, absurdas nos pueden costar mucho hacerlas con amor. En cualquier caso, sea como sea nuestra vida, el alma es como un “conventito” donde se desarrolla la vida interior. Es ahí donde tiene cabida la doctrina de San Juan. Para comprobarlo, sólo tenemos que retirarnos del ruido del mundo, y lo primero, quizá, que escucharemos sea la voz que nos dice: “para qué la vida, qué podemos hacer en esta vida”. La doctrina de San Juan de la Cruz llega hasta las últimas respuestas.

Aunque lleguemos a entender los escritos de San Juan, quedará pendiente el comprenderlos. Entenderlos es saber lo que quieren decir, de manera que su lectura resulte interesante y hasta apasionante. Comprenderlos es otra cosa. Quizá no nos demos cuenta, pero esto se nota en que su doctrina nos resulte extraña e imposible: En su obra, dentro de un mar de sufrimiento y ascética, presidido por la cruz, surge una isla de gozo divino e inefable. Es algo que nos supera, tanto por el sufrimiento que entraña, como por la felicidad sobrenatural en que termina. Nos resulta inimaginable el que se aúnen dos cosas aparentemente contrarias. Sólo dando el paso de la teoría a la práctica —por pequeño que sea— nos podrá llevar a comprenderlo. Pero algo tan importante no puede proceder sólo de la vivencia personal de un sujeto, ha de tener una base evangélica que, quizá no la hayamos valorado. Ésta se resume en el siguiente pasaje: “Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad sobre vosotros mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera” (Mt 11, 28-30). San Juan lo desarrolla a través de la fe en Jesucristo, que nos llevará a aceptar humil-

demente la esperanza de que nuestro sufrimiento e imperfección encontrarán su sentido en el amor, hasta el punto de hacernos felices.

Finalmente, quiero expresar mi agradecimiento a los Padres Claretianos de la *Parroquia del Inmaculado Corazón de María*, Madrid, que en todo momento me han apoyado y cedido los salones parroquiales para impartir los cursos que han dado lugar a este libro y a los que le anteceden. Quiero también recordar a los amigos que tanto me han ayudado con su interés y asistencia, y a Josefina M. Vara del Rey, que hizo la primera corrección del borrador.

SIGLAS DE CITAS:

A = *Dichos de luz y amor*.

S = *Subida del Monte Carmelo* (1S, 2S, 3S, Libros de la *Subida*. La siguiente cifra se refiere al capítulo; y la siguiente, al párrafo).

N = *Noche oscura* (1N, 2N, Libros de la *Noche*. La siguiente cifra se refiere al capítulo; y la siguiente, al párrafo).

C = *Cántico espiritual* (C 3, 2. La primera cifra se refiere a la estrofa; la segunda, al párrafo).

Ll = *Llama de amor viva* (Ll 2, 1. La primera cifra se refiere a la estrofa; la segunda, al párrafo).

Según edición *Vida y Obras de San Juan de la Cruz*, Crisógono de Jesús, BAC.

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

SAN JUAN DE LA CRUZ

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

CARÁCTER

Una de las diferentes maneras de definir a un personaje es comparándolo con su época y con los de su entorno. En este caso, San Juan de la Cruz destaca, sobre todo, por su originalidad. Su rasgo más característico es su reserva autobiográfica. Además de no escribir nada sobre sí mismo, sus escritos —que precisamente tratan de vivencias humanas— nunca hablan de sus propias experiencias, y rara vez emplea el pronombre personal. Aconsejaba cosas como éstas: “Ama no ser conocida de ti ni de los otros” (A 134); “Calle lo que Dios le diere y acuértese de aquel dicho de la Escritura: Mi secreto es para mí” (A 152). Esta actitud tan reservada le convierte en un personaje misterioso que ha superado todo rasgo narcisista. Al mismo tiempo, esa reserva le hace ser respetuoso con todos y consigo mismo; objetivo y distante, incluso de su propia doctrina, pues es como si afirmase: aunque lo que digo sea verdad, el ser humano y la misma realidad son inabarcables y hay que concederles el margen de un misterio inaccesible. Concretamente llegó a decir: “Nunca tomes como ejemplo al hombre en lo que hubieres de hacer, por santo que sea, porque te pondrá el demonio delante sus imperfecciones, sino imita a Cristo, que es sumamente perfecto y sumamente santo, y nunca errarás” (A 156).

A pesar de que son prácticamente inexistentes sus testimonios personales y directos, su forma de comportarse, sus escritos, sus obras y la opinión de sus contemporáneos nos

han servido para conocerle. En relación a su aspecto físico, lo único que nos dicen los que le conocieron es que era bajito, “medio fraile”, decía con humor Santa Teresa. A esto hay que añadir que, aunque de buena fisonomía, “era algo moreno”, lo cual, en aquella época no resultaba una cualidad. Ese sentirse inferior a los demás debió ayudar a que encontrara su fortaleza en Dios, que no se fija en el aspecto de las personas. A pesar de todo, su personalidad debía irradiar un extraordinario atractivo. Prueba de ello fue el extraño episodio que le sucedió en Ávila. Estaba de capellán y director espiritual en la Encarnación. Por la clausura de las monjas, habitaba en una casita con un corralito tapiado —junto al monasterio—, llamada “La Torre-cilla”. Pongo en boca de un confidente lo que le ocurrió: “Una doncella de muy buenas partes [era guapa, culta y de buena familia] se aficionó del Santo, y para conseguir su intento, tomó todos los medios posibles, y no aprovechándole nada, se determinó a una cosa bien contra su honra y estado. Y fue que una noche saltó unas tapias, y vino a un corralillo de la dicha casa, y de allí al aposento del Santo, donde estaba solo cenando. Él, con su acostumbrada prudencia, supo decirle tales cosas, que la redujo a conocimiento de su culpa y del mal que hacía, y, volviendo por donde había entrado, se fue a su casa” (Ms. 13460, citado por Crisógono de Jesús).

Respecto a sus capacidades, José Vicente Rodríguez lo define como “una personalidad variopinta y polivalente”. Normalmente se le conoce como místico, escritor y poeta, quizá, el más grande poeta de la lengua castellana. Siendo niño practicó como aprendiz los oficios de tejedor, carpintero, sastre, entallador y pintor. De sus habilidades artísticas se conserva un pequeño dibujo de Cristo crucificado, de sorprendente com-

posición. A Cristo se le ve desde arriba, quedando el espectador en una posición de superioridad. Refleja perfectamente lo que dice Filipenses 2, 6-11: “Cristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo”. Dalí se inspiró en él para su mejor pintura religiosa. Pero el Cristo de Dalí no transmite ese estado de suprema humillación.

De joven trabajó como enfermero en un hospital. Ya entrado en religión, ocupó importantes cargos como reformador y superior. Además de fundar conventos y, en algunos casos, actuar de arquitecto y albañil, se le veía en la cocina fregando o preparando algo especial para los enfermos. Como contemplativo que era, no le incomodaban los trabajos manuales y artísticos. Qué importante es la actividad manual para el equilibrio psíquico de los intelectuales; pero, sin duda, una de sus grandes cruces fueron las labores administrativas y de gobierno.

En su poesía se aprecia su sensualidad sublimada, fruto de una alta sensibilidad. Se ha dicho que para la gente de campo no existe el paisaje, sin embargo, S.J. —que era un hombre de pueblo— se emocionaba con la naturaleza, y en ella encontraba el mayor deleite que este mundo podía ofrecerle.

Su fama de austeridad le hacía temible para sus posibles súbditos, pero, una vez que estaban bajo su mandato, quedaban admirados de su dulzura y comprensión. Era, por tanto, exigente consigo mismo y bondadoso con los demás, a los que sabía animar con humor, canciones populares y paseos por el campo para que disfrutaran de la naturaleza. Su pedagogía se basa en “el estilo que Dios tiene para levantar a un alma de su bajeza”, que es: orden, suavidad y acomodarse a cada persona (cf. 2S 17, 2). Las monjas le tenían tal admiración y cariño,

que sus enemigos —que los tuvo y muy enconados— le acusaron de relaciones inmorales.

DATOS BIOGRÁFICOS

Juan de Yepes nació en Fontiveros, Ávila, en 1542. Hijo de Gonzalo de Yepes, de alta posición social, pero que, al casarse por amor con Catalina Álvarez, fue repudiado y desheredado por su familia, que en aquel entonces eran sus tíos, pues era huérfano. El motivo de ese rechazo fue la baja posición social de Catalina, pobre y sin linaje. A partir de ese momento, la familia va progresivamente cada vez peor en lo económico, hasta que Gonzalo muere dejando una viuda arruinada con tres hijos, Francisco, Luis y Juan, el menor, nacido meses antes de la muerte de su padre. Luis, el segundo, moriría pronto. Francisco, el mayor, fue un hombre humilde de gran bondad, que ha dejado importantes testimonios de su hermano Juan.

La infancia de Juan, huérfano de padre, estuvo marcada por su madre, una mujer extraordinaria en fortaleza y bondad. A la ruina familiar se añadió una época de malas cosechas en Castilla, por lo que Catalina tuvo que esforzarse hasta el límite para mantener a sus hijos. Ese ambiente de pobreza y trabajo influirían en el carácter austero de Juan. A eso hay que añadir el amor abnegado de su madre que, seguramente, sería la base humana de su misticismo. El papel de las madres es fundamental en la afectividad de cada persona.

Después de pasar grandes penalidades, Catalina finalmente se instaló en Medina del Campo, una rica y gran ciudad en

aquella época, centro comercial de Castilla, con 30.000 habitantes. Para hacernos una idea de su importancia, hay que señalar que contaba con catorce hospitales. La situación de la familia se estabilizó. Como pobre de solemnidad, consiguió colocar a su hijo Juan en el colegio de pobres de “La doctrina”. El niño destacó para su capacidad para el estudio.

En un momento dado, Juan se presenta de voluntario en el “Hospital de bubas de la Concepción”. Era un hospital de sifilíticos, y las “bubas” se refieren a los tumores purulentos. El trabajo resultaba altamente desagradable, a lo que se añadía que Juan tenía que recorrer Medina mendigando limosnas para el mantenimiento de los enfermos. Es de suponer que esta experiencia fue muy importante para que Juan descubriera su vocación contemplativa. Siempre ha habido la tendencia de ver, en la vida contemplativa, la falta de acción en beneficio de los demás. Pero cuando alguien, durante un periodo de su vida, como San Juan de la Cruz, ha tenido una intensa vivencia de esa acción material, queda como saciado, como si ya hubiera cumplido en ese aspecto del amor y ahora descubriera en la oración contemplativa el otro aspecto, también necesario, que además, aporta una pureza de intención inigualable, por estar por encima de todo reconocimiento humano.

A los diecisiete años da comienzo lo que iba a ser su formación definitiva como hombre de letras. El director del Hospital, admirado por las dotes de Juan, no solo le da permiso, sino que le anima a estudiar en el Colegio de la Compañía de Jesús. Juan da muestras de estar especialmente capacitado para ello y pone un gran interés. Al encontrarse tan ocupado, se quita horas de sueño para el estudio. Allí aprende latín y

humanidades. Los poetas latinos, junto con Boscán y Garcilaso, serán una firme base para su genialidad poética. Los jesuitas, con los que se formó, estaban en uno de sus mejores momentos. Eran los pioneros de una nueva pedagogía. Allí conoció personalmente a Astete y a Ripalda, cuyos catecismos han estado vigentes hasta el siglo XX.

A los veintiún años, a pesar del interés del director del Hospital de que llegase a ser su capellán, toma la primera gran decisión de su vida, que fue la de hacerse religioso de la orden del Carmen —todavía no estaba hecha la reforma del “Carmen Descalzo”. Se ha especulado mucho sobre por qué se hizo carmelita. Según testigos, fue religioso porque quería tener una vida más apartada; y carmelita por su devoción a la Virgen pues en su niñez había sido salvado, por su intercesión, dos veces de perecer ahogado. Al entrar en religión toma el nombre de Juan de Santo Matía

Una vez dentro de El Carmen, cursa estudios en la Universidad de Salamanca durante cuatro años. Esto tuvo una enorme repercusión en su doctrina, pues sus estudios de filosofía, a través de la *Metafísica* de Aristóteles, le darán esa dimensión científica que le sirvió para purificar la mística. ¿Cómo pudo S.J. asimilar la filosofía más avanzada de su tiempo sin que su misticismo la rechazara? Ahí tenemos la prueba de la autenticidad de un místico, el no tener miedo ni huir de la ciencia, algo que no ocurre en el esoterismo.

Cuando ya había sido ordenado sacerdote tuvo lugar el encuentro con Santa Teresa. Él tenía veinticinco años y Teresa cincuenta y dos. La Santa andaba por Medina del Campo buscando frailes para fundar los primeros conventos masculinos reformados. Allí conoce a fray Juan de Santo Matía y se lo